

Terrorismo en Asia-Pacífico

Amitav Acharya Subdirector y jefe de investigación
y Arabinda Acharya Investigador Instituto de Estudios Estratégicos y de la Defensa Universidad
tecnológica de Nanyang

Resumen

En el nuevo milenio, el terrorismo transnacional plantea complejos desafíos a la seguridad de las naciones de Asia-Pacífico. Bajo la influencia de Al Qaeda y de su líder, Osama bin Laden, varios grupos musulmanes de la región han encontrado intereses comunes y, como consecuencia, éstos pueden seguir con sus luchas nacionales pero al mismo tiempo proyectar estos intereses bajo el prisma de una causa y objetivo globales, es decir, la defensa del islam y la creación de un califato global. La transferencia de la ideología de Al Qaeda y de la experiencia militar afgana a organizaciones locales de militantes también aumentó la sofisticación y el potencial violento de estos grupos en la región.

Al Qaeda y su ideología se han convertido en un punto de referencia para la liberación islámica mundial. Se basa en una rama radical de la ideología islamista, que ha sido un aspecto notable de los desafíos a las autoridades coloniales y postcoloniales, especialmente en Asia-Pacífico. En estados con mayorías musulmanas y minorías musulmanas significativas, los musulmanes radicales plantean nuevos desafíos a los gobiernos.

Gracias a una cooperación sin precedentes entre las naciones, después de los incidentes del 11 de septiembre de 2001 en EEUU, ha sido posible destruir el mando y control de la estructura de los grupos terroristas transnacionales junto con sus bases, campos de entrenamiento y otras redes logísticas en muchos países. A pesar de ello, la respuesta al terrorismo en Asia-Pacífico todavía se estructura a través de medios bilaterales o subregionales: los países de la región perciben la amenaza terrorista de formas totalmente distintas y su reacción ante la amenaza terrorista refleja además las limitaciones locales y las inhibiciones políticas de los respectivos gobiernos. La región sigue sin tener una cooperación antiterrorista constante.

Introducción

Tal como señaló la comisión del 11-S, los ataques terroristas fueron unos acontecimientos absolutamente desproporcionados. Con los atentados, Al Qaeda demostró que es posible emplear el terrorismo como "instrumento global" para

"desafiar" y "competir con" el poder estatal de organización tradicional y movilizar nuevos conflictos globales. Los ataques también sacaron a relucir que en este momento las amenazas terroristas traspasan fronteras nacionales y límites geográficos. El terrorismo que fomenta Al Qaeda y sus grupos relacionados en numerosas partes del mundo es distinto de todo lo que han tenido que afrontar muchos gobiernos: quienes cometen los actos terroristas son casi invisibles y no tienen territorios, ciudadanos o propiedades que puedan ser amenazados, presionados o destruidos, lo que ha cambiado el panorama de los conflictos del siglo XXI, tanto en el contexto global como en el regional.

En Asia-Pacífico, el discurso sobre seguridad posterior a la Guerra Fría giraba principalmente en torno a las preocupaciones por una China emergente y las amenazas de guerra en puntos críticos permanentes de la región como las dos Coreas, Taiwan y Cachemira, entre otros. Muchas naciones de la región también tuvieron que afrontar las demandas y los efectos de la globalización, que se pusieron de manifiesto en la crisis financiera asiática de finales de los noventa. A partir del 11-S, el terrorismo pasó a dominar las preocupaciones regionales sobre seguridad aunque, irónicamente, para la mayoría de los países de la región el terrorismo no era nada nuevo. Con luchas separatistas e irredentistas en gran parte de la región –Cachemira y las zonas norte y nordeste de India, Sri Lanka, Filipinas, Aceh, Timor-Leste y Papúa Occidental en Indonesia, los rohingyas en Myanmar y el sur de Tailandia–, muchos de los países regionales han estado altamente expuestos a las amenazas del terrorismo. En realidad, el Frente Moro de Liberación Islámica de Filipinas, es uno de los grupos insurgentes activos más antiguos del mundo. Miles de personas han perdido la vida en la violencia terrorista asociada al movimiento de los tamiles para la independencia en Sri Lanka y para la liberación de Cachemira en el subcontinente indio.

Nuevo terrorismo en Asia-Pacífico

A finales del siglo XX, el centro de gravedad del terrorismo oscilaba entre Oriente Medio y la región de Asia-Pacífico. Afganistán se erigió como cuartel general del terrorismo internacional, y también sustituyó al Líbano como centro principal para el adiestramiento y la infraestructura terroristas. En cierto modo, lo podríamos interpretar como la cul-

minación lógica del modelo que surgió después de la ocupación soviética de Afganistán. Un gran número de musulmanes del mundo árabe y de otras zonas del planeta (checos, egipcios, yemeníes del sur y habitantes del sudeste de Asia) se prestaron voluntarios para la *yihad* antisoviética de Afganistán. En 1984, Abdullah Azzam, un antiguo líder de la Hermandad Musulmana (Al-Iqwanul Muslamoon) y Osama bin Laden cofundaron el Maktab al Khidamat lil Mujahidin al-Arab (MAK, Oficina de Servicio Afgano) en Peshawar, como plataforma para difundir propaganda, recaudar fondos y reclutar *muyahidines*. En 1988, Azzam y bin Laden formaron Al Qaeda al-Sulbah (la Base Sólida) para crear una estructura mundial de organizaciones militares y políticas islamistas. Después de la muerte de Azzam, Osama convirtió el MAK y Al Qaeda "en un frente terrorista global". Al Qaeda invitó a representantes de grupos terroristas islámicos y de movimientos políticos islámicos de todo el mundo para que se unieran a su *shura majlis* o consejo consultivo. La nueva organización pronto encabezaría la revolución islamista mundial.

Al Qaeda reclutó, adiestró y financió a miles de *muyahidines*, o "guerreros santos", de varios países de Oriente Medio, Asia y el Cuerno de África.

Al Qaeda y su líder Osama bin Laden unieron a grupos islamistas dispersos en distintos países enlazando los movimientos regionales con las prioridades globales. El punto de encuentro de Al Qaeda es la llamada a la *yihad* universal contra los Estados Unidos y sus aliados y regímenes, incluyendo gobiernos musulmanes moderados, a los

que el grupo acusa de imponer un modo de vida disfuncional e inhumano en todo el planeta. Con una propaganda y una red de comunicaciones sólidas, Al Qaeda fue capaz de afianzar con firmeza la *yihad* universal contra Occidente entre los musulmanes politizados y radicalizados de todo el mundo. Con una sofisticación notable, consiguió aprovechar las fuerzas extremistas musulmanas, unificar el islam radical y concentrar su ira.

Al Qaeda como vanguardia revolucionaria

Al Qaeda apareció de este modo como la vanguardia del movimiento islamista global. La contribución clave de Osama bin Laden y de Al Qaeda fue el éxito que tuvieron al promover la causa de la *yihad* islámica recurriendo a una visión cruda y simplista. Osama siempre ha presentado a los Estados Unidos como el poder occidental principal ("la cabeza de la serpiente venenosa") que amenaza la existencia

misma del islam y de la *umma* (hermandad) musulmana. Osama bin Laden considera que las intervenciones de los Estados Unidos y su política exterior son las responsables de la pérdida de millones de vidas musulmanas en todo el mundo, incluyendo Afganistán, Filipinas, Cachemira, Asia Central y ahora Irak. Osama está furioso por la presencia de tropas estadounidenses en Arabia Saudí, y ve a los Estados Unidos como el elemento que impide que los palestinos consigan su patria. Así, ha transformado este resentimiento en un sentimiento profundo de reivindicación universal entre las comunidades musulmanas con respecto a Occidente. La llamada de Osama a la *yihad* universal fue bien asimilada por los corazones y las mentes de colectivos considerables de jóvenes musulmanes de todo el mundo con ideologías excluyentes y políticamente reprimidos. Sus mensajes de odio se han transformado en retórica de venganza y animadversión hacia los Estados Unidos y sus aliados. Varios grupos musulmanes de Asia-Pacífico como el Frente Moro de Liberación Islámica (FMLI) de Filipinas y el Lashkar-e-Toiba (LeT) de Pakistán y Jemaah Islamiya (JI) en Indonesia, en su lucha por una identidad independiente y con finalidades irredentistas, encontraron en él una poderosa visión unificadora y en muchos casos adoptaron el objetivo de un califato global enca-

"Después de los ataques de los Estados Unidos en Afganistán en octubre de 2001 (...) Al Qaeda mutó en un movimiento descentralizado y se adaptó a un medio de existencia sin fronteras, principalmente porque el grupo pudo sustituir la necesidad de una estructura jerárquica por una estructura en red (...) Al Qaeda no ha dejado de existir. Sencillamente, se ha disgregado más"

bezado por Al Qaeda. Por ejemplo, el objetivo panislámico de Jemaah Islamiya de establecer un Estado islámico (Daulah Islamiyah Nusantara) abarca países como Indonesia, Malasia, Filipinas, Tailandia, Singapur y Brunei. Antes de su descubrimiento, la red de JI se extendía por el este, el sur y el sudeste de Asia y Oceanía. Las detenciones de los mandos de JI en Singapur y

Malasia, así como el descubrimiento de una cinta de video en Afganistán, revelaron planes contra intereses occidentales y regionales en el Sudeste Asiático. Poniendo su causa al lado de la de Al Qaeda, estos grupos pueden seguir con sus luchas nacionales pero al mismo tiempo proyectar sus intereses bajo el prisma de una causa y de un objetivo global, es decir, la defensa del islam.

Después de los ataques de los Estados Unidos en Afganistán en octubre de 2001, el cuartel general global de la red de Al Qaeda y su patrocinador nacional (los talibanes) se vieron gravemente afectados. Sin embargo, Al Qaeda mutó en un movimiento descentralizado y se adaptó a un medio de existencia sin fronteras, principalmente porque el grupo pudo sustituir la necesidad de una estructura jerárquica por una estructura en red. Los ataques de Túnez, Pakistán, Indonesia, Yemen, Kenya, Arabia Saudí, Turquía, España e Irak indican que la fuerza del grupo no yace en su ubicación en un territorio definido geográficamente, sino en su variabilidad y flexibilidad. En realidad,

aunque la mayoría de altos mandos hayan sido apartados, Al Qaeda no ha dejado de existir. Sencillamente, se ha disgregado más, por lo que la previsión y la prevención se hacen más difíciles, y sigue teniendo los medios y métodos para proseguir su campaña por todo el mundo.

Dentro de los grupos como Al Qaeda y sus socios, las células terroristas se han hecho más pequeñas y por consiguiente más amorfas y autónomas. A diferencia de las estructuras jerárquicas que pueden ser destruidas eliminando los altos mandos, estas estructuras celulares resisten a las actuaciones de las fuerzas de seguridad gracias a su intensa interconectividad. Además, aparecen espontáneamente y son capaces de organizarse de forma autónoma. La existencia de redes también ha permitido a los grupos islamistas radicales introducirse en la diáspora musulmana, en organizaciones humanitarias y en sistemas financieros internacionales. Las diásporas en países como Alemania, el Reino Unido, Francia, España, Bélgica y Suiza se han convertido en importantes ejes operativos y de reclutamiento para los islamistas. En estas comunidades musulmanas que viven en el exterior hay un sentimiento de injusticia colectiva que alimenta la formación de una identidad musulmana distinta. El aislamiento autárquico de la diáspora con respecto a la sociedad que la rodea hace que sea un santuario perfecto para los radicales, quienes además manipulan la tolerancia religiosa de las sociedades de acogida para recaudar fondos y para el reclutamiento, e incluso para planear y llevar a término operaciones. En lugar de integración en las sociedades de acogida, el desarrollo de una identidad musulmana internacional ha provocado radicalización y violencia en la diáspora, unos asuntos potencialmente graves en los últimos tiempos.

Además, parece ser que la amenaza terrorista ha pasado de grupos a un cuadro de individuos altamente motivados y con mucha iniciativa, como Abu Mus'ab al-Zarqawi, que lideró la insurgencia que en este momento está activa en Irak y que ha desarrollado sus propias células de activistas y de apoyo. Este desarrollo se benefició de una red de sofisticadas instalaciones de entrenamiento que Al Qaeda estableció y mantuvo mayoritariamente en Asia-Pacífico. Todavía se desconoce cuál fue el número de asistentes de estos campos de entrenamiento, lo que significa que hay preparada una reserva de mandos bien adiestrados y curtidos en la batalla que están dispersados por todo el mundo para tomar las riendas de la *yihad* global para Al Qaeda.

“ En lugar de integración en las sociedades de acogida, el desarrollo de una identidad musulmana internacional ha provocado radicalización y violencia en la diáspora, unos asuntos potencialmente graves en los últimos tiempos.”

“ Hay dos evoluciones que son especialmente remarquables en relación con la creciente amenaza del terrorismo islamista en Asia-Pacífico: ha habido un aumento en el conservadurismo cultural (...) y hay una mayor conciencia de identidad islámica global.”

La creciente amenaza del terrorismo islamista de Asia-Pacífico se materializó en una cadena de ataques coordinados a gran escala con un gran número de víctimas después del 11 de septiembre. Entre ellos, tuvieron lugar los ataques terroristas contra el parlamento indio en diciembre de 2001; el asesinato de técnicos franceses en mayo de 2002, el ataque al consulado americano en junio de 2002 y los ataques coordinados a 21 surtidores de gasolina en junio de 2003, todos ellos en Karachi (Pakistán), los ataques suicidas en Bali (Indonesia) en octubre de 2002 y de 2005, el atentado al

hotel Marriot en agosto de 2003 y de la embajada australiana en septiembre de 2004 en Yakarta (Indonesia), y la explosión en el Super Ferry 14 en las Filipinas en febrero de 2004. Los mencionados, junto con un sinfín de ataques y atentados

más, muestran el desafío que plantean los grupos terroristas extremistas guiados por una ideología desviada.

Hay dos evoluciones remarquables en la creciente amenaza del terrorismo islamista en Asia-Pacífico: ha habido un aumento en el conservadurismo cultural (que se centra más en la forma que en el contenido de la fe religiosa) y hay una mayor conciencia de identidad islámica global. Sin embargo, esto no explica el surgimiento de las redes de terrorismo transnacional, o el deseo de establecer estados islámicos excluyentes. Lo importante son las relaciones globales que los grupos regionales han desarrollado bajo la influencia de la ideología panislamista como la que difunden grupos como Al Qaeda. La transferencia de la ideología de Al Qaeda y de la experiencia militar afgana a organizaciones locales de militantes también aumentó la sofisticación y el potencial violento de estos grupos. Por ejemplo, cuando la Unión Soviética se retiró de Afganistán, gran parte de los recursos del MAK se desviaron a conflictos regionales de todo el mundo. En el sur de Asia, el reclutamiento de veteranos de Afganistán en el conflicto de Cachemira rubricó una de las fases más sangrientas de la combatividad en esa región, a principios de los noventa. También se reorientaron y mejoraron los campos de entrenamiento locales y se radicalizó la educación en las escuelas religiosas con lecturas tendenciosas del Corán y con intentos de encubrir asuntos políticos con terminología extremista. *Las madrazas* se convirtieron en el principal propagador del culto a la *yihad* (el caldo de cultivo para las organizaciones religiosas militantes). Esto permitió a los grupos religiosos militantes –al tiempo que arrollaban gradualmente a voces más moderadas– a ampliar el espacio político en sus sociedades respectivas.

Ideología y terrorismo: Al Qaedaismo

La amenaza terrorista islamista actual es un sistema de fe que subyace en parte en el radicalismo ideológico entre la comunidad musulmana. Desde la perspectiva de Al Qaeda, se trata de un conflicto entre los verdaderos seguidores de Dios y sus enemigos, incluyendo los musulmanes que apoyan a Occidente. Pero el conflicto no trata del islam como religión o civilización, sino más bien de una doctrina radicalmente intolerante y antimoderna. El tipo de ortodoxia religiosa propuesto por Al Qaeda y sus socios está basado en una interpretación corrupta del texto religioso. Los partidarios de esta ortodoxia están manipulando el islam como un instrumento de movilización masiva, extrayendo y utilizando textos seleccionados del Corán para mostrar que las ideas e instrumentos modernos son apóstatas y no tienen la sanción de la ley religiosa y por consiguiente deben ser aborrecidos. Al proclamar la incompatibilidad del islam con otros credos, los grupos islamistas representan el conflicto de la comunidad musulmana con Occidente como una clase de "choque de civilizaciones". Este punto se ha ido complicando, ya que la comunidad debe afrontar las demandas de modernidad y de cambio.

Parece que la comunidad musulmana se ve amenazada, perjudicada y marginada por los procesos de globalización. La comunidad musulmana considera que la globalización económica beneficia a Occidente y perjudica a vastos segmentos del mundo musulmán. Este sentimiento de exclusión y de marginalización se ha enconado en sociedades en las que el contacto con Occidente ha causado más caos que progreso y más incertidumbre que riqueza. El islam político ha exacerbado el conflicto transformando los sufrimientos económicos en desconfianza hacia la occidentalización e incluso en hostilidad hacia la modernidad. En el contexto de la creciente desilusión con los modos convencionales de diálogo y de negociación política, los radicales emplean el discurso religioso islámico como marco para una crítica moral y ética al poder y recrean un punto de vista cuyo centro es la religión desde el cual proclaman que se puede construir una idealista sociedad musulmana panislámica.

Desde esta perspectiva, el islam radical está manipulando la tensión inherente entre capitalismo secular basado en el libre comercio, derechos individuales y democracia, y el fundamentalismo étnico y religioso para construir y nutrir su campaña de odio contra Occidente. Esta forma de islam radical se ha vuelto enormemente atrayente porque pretende explicar la pérdida de valores y la desorientación cultural

que tienen lugar en las sociedades musulmanas que afrontan los desafíos de la globalización y de la modernización. La flor y nata del islam radical se ven a sí misma luchando en nombre de la religión contra los enemigos de Dios y persiguiendo unos objetivos que consideran superiores a la vida misma. Les impulsa una visión que plantea la religión como la respuesta a todos los problemas concebibles.

Los radicales representan a los Estados Unidos como las fuerzas que han situado el mundo musulmán en una posición de inferioridad con respecto a Occidente. Muchas de las políticas estadounidenses (su apoyo a Israel y a regímenes musulmanes que los radicales consideran apóstatas, la

"El islam radical está manipulando la tensión inherente entre capitalismo secular basado en el libre comercio, derechos individuales y democracia, y el fundamentalismo étnico y religioso (...) Esta forma de islam radical se ha vuelto enormemente atrayente porque pretende explicar la pérdida de valores y la desorientación cultural (...) [ante] los desafíos de la globalización y de la modernización"

presencia militar estadounidense en Arabia Saudí, Afganistán e Irak), junto con un residuo histórico de frustración procedente de lo que muchos ven como una serie de derrotas del mundo árabe y musulmán, han galvanizado la ira musulmana. Esto se remonta a la caída del Imperio Otomano. En la actualidad, dirigido por los Es-

tados Unidos, Occidente está ocupando una parte central de la civilización islámica y la "joya del mundo árabe": Bagdad. Paradójicamente, no parece haber ninguna relación entre los cambios en las políticas estadounidenses y el nivel de antiamericanismo. Por ejemplo, el apoyo de Estados Unidos a los musulmanes oprimidos, como en Kuwait en 1991 y en Bosnia y Kosovo, no parece haber modificado la actitud de los musulmanes.

Los radicales son una minoría de musulmanes, pero juegan con ventaja porque pueden explotar las raíces de la rabia musulmana y las vías para difundirla entre las comunidades desposeídas del mundo entero. Mientras a los moderados les acosa un sentimiento de parálisis ideológica y con frecuencia no desean enfrentarse a los radicales, la ortodoxia islámica vibra deseosa por adquirir espacio político para vengar lo que perciben como situación inferior de los musulmanes. Para un grupo de personas listas para odiar, para creer sin criterio y para intentar lo imposible, los sistemas de fe radicales aportan un espacio para la autoexpresión. Esto también hace que se defiendan agresivamente contra un enemigo que creen que está desafiando sus sistemas de fe.

Irónicamente, estas nuevas clases de *neofundamentalistas* supranacionales son más un producto de la globalización contemporánea que del pasado islámico. Una encuesta a afiliados de Al Qaeda reveló que tres cuartas partes de los entrevistados eran de clase media-alta, el sesenta por ciento habían recibido una educación, formaban parte de familias inclusivas y eran profesionales o semiprofesionales. Tres

cuartas partes de los encuestados estaban casados, la mayoría con hijos. El 50% tenían familias religiosas. Curiosamente, menos del uno por ciento mostraba signos de patología mental. La mayoría eran grandes expertos en informática. No se trataba de fanáticos religiosos: iban a la mezquita no siempre por religiosidad sino sobre todo por camaradería. Los miembros de Jemaah Islamiya del suroeste de Asia, los detenidos en Singapur y Malasia y los huidos también encajan en este perfil. De forma similar, en el subcontinente indio los nuevos grupos de radicales islámicos regionales han resultado pertenecer a la clase media de los profesionales educados. Estas personas no son únicamente musulmanas, sino también islamistas que persiguen objetivos que consideran superiores a la vida misma y lo que les motiva no es la privación material, sino una ideología absorbente. Leen los textos sagrados con el mismo grado de intensidad que si leyeran un libro de texto sobre física o ingeniería y esta lectura unidimensional de las escrituras hace que vean las cosas de una forma muy cruda.

En esta ecuación encontramos el factor de la llamada de Osama a la venganza. En una cinta de audio publicada el 7 de abril de 2003, Osama bin Laden instaba a sus seguidores a preparar atentados suicidas “para vengar a los niños inocentes (...) asesinados en Irak”. Osama plantea la decisión de matar americanos y sus aliados como una obligación sagrada y un deber contra el enemigo que está corrompiendo la vida y la religión. Cuando Osama se refirió a “más de ochenta años” de desposesión en su primera emisión después de los atentados del 11 de septiembre, dijo que lo que afrontan ahora los Estados Unidos es insignificante comparado con lo que los musulmanes han sufrido durante décadas. Para los iguales de Osama bin Laden, la desposesión y la humillación deben ser reparadas por medio de la venganza.

La rabia musulmana también tiene origen en las mismas estructuras políticas y sociales de algunos de los países musulmanes. Por una parte, muchos islamistas persiguen a los gobernantes de estos países por ser apóstatas y herejes, esclavos de la modernización y, por extensión, de Occidente. En muchos de estos países, sin embargo, son las élites gobernantes las que agitan los sentimientos antioccidentales o antiamericanos para desviar el descontento de su población. Las políticas estadounidenses sólo aportan el contenido y la oportunidad para expresar esta rabia.

“Para un grupo de personas listas para odiar, para creer sin criterio y para intentar lo imposible, los sistemas de fe radicales aportan un espacio para la autoexpresión.”

“Irónicamente, estas nuevas clases de *neofundamentalistas* supranacionales son más un producto de la globalización contemporánea que del pasado islámico. Una encuesta a miembros de Al Qaeda reveló que tres cuartas partes de los entrevistados eran de clase media-alta, el 60% habían recibido una educación, formaban parte de familias inclusivas y eran profesionales o semiprofesionales”

Por consiguiente, Al Qaeda y su ideología se han convertido en un punto de referencia para la liberación islámica mundial. Se basa en una rama radical de la ideología islamista que ha sido un aspecto notable de los desafíos a las autoridades coloniales y postcoloniales, especialmente en Asia-Pacífico. En estados con mayorías musulmanas y minorías musulmanas significativas, los musulmanes radicales han planteado nuevos desafíos a los gobiernos. La dinámica de

la amenaza de los terroristas islámicos militantes probablemente no se vería muy alterada ni siquiera si Osama fuera asesinado o capturado o si Al Qaeda fuera completamente aniquilada.

La respuesta al terrorismo en Asia-Pacífico

Hasta el 11 de septiembre, la actitud de los gobiernos, especialmente de los Estados Unidos y los países de Occidente, frente a los conflictos en Asia, Oriente Medio, África y América Latina, principales fuentes de terrorismo, era de absoluta indiferencia. Asimismo, el antiterrorismo se había considerado casi siempre un problema de seguridad de Estado y competencia individual de los estados. Cualquier iniciativa colectiva adoptada bajo los auspicios de las Naciones Unidas u otras agencias internacionales/regionales contra el terrorismo estaba sometida a restricciones que afectaban a su campo de acción e implementación. Todo ello debido, en gran medida, a la ambivalencia moral en torno al tema del terrorismo en general –traducida en eufemismos tales como que el “terrorista” para unos es el “guerrero de la libertad” para otros– predominante en la comunidad internacional. Mientras los grupos terroristas fijaban como objetivo los

espacios públicos, con la matanza de civiles entre ellos niños, en toda la región del Sur, Occidente hacía la vista gorda, concedía asilo a numerosos terroristas y se negaba a interceptar su infraestructura financiera y plataforma de apoyo en el extranjero argumentando su preocupación por los derechos humanos, la falta de pruebas, y la incompatibilidad de la justicia criminal y los sistemas de prisión. Según revelaron las in-

vestigaciones llevadas a cabo después del 11 de septiembre, entre los autores involucrados en la organización y ejecución de los ataques existía un preocupante número de individuos que no estaban siendo vigilados por sus respectivos países por tratarse de “partidarios del terrorismo” y no de

verdaderos “terroristas activos”. Esta falta de prioridad dio pie a un entorno de acción permisivo que permitió a los terroristas mantener complejas estructuras de apoyo. De este modo, tal como los acontecimientos del 11 de septiembre dejaron bien claro, la falta de atención internacional sobre los conflictos se volvió contra Occidente en forma de venganza.

Sin embargo, los incidentes ocurridos en esa fecha cambiaron la actitud de la comunidad internacional de forma significativa. Los países de todo el mundo respondieron con la creación de coaliciones y alineaciones contra el terrorismo, y tomaron conciencia clara de que ya no podía existir alegato moral o político que justificara los actos terroristas. Una mayor coordinación en la vigilancia y operaciones de inteligencia, y los intentos por interceptar los sitios web de los terroristas y sus estructuras de apoyo (en Pakistán y Afganistán, entre otros países), junto con la petición de ayuda militar activa (por ejemplo, Filipinas) son las acciones resultantes del cambio en la percepción del interés a raíz de una “deslegitimación pública del terrorismo” universal.

Asimismo, se incrementó el apoyo a instituciones internacionales, especialmente a las Naciones Unidas, con el objetivo de obtener políticas antiterroristas, iniciadas por un solo país o bien por un número limitado de países, aprobadas a nivel mundial. En el transcurso de pocas semanas tras los ataques del 11 de septiembre, el Consejo de Seguridad aprobó por unanimidad las resoluciones 1.368 (2001) y 1.373 (2001), y la Asamblea General adoptó la resolución 56/1 por consenso, subrayando la profundidad del compromiso internacional común en la búsqueda de una solución eficaz, sostenible y multilateral al problema del terrorismo. La resolución del Consejo de Seguridad 1.373 (2001) es una declaración exhaustiva y específica a la vez que expresa el deseo de la comunidad internacional de privar a los terroristas de las herramientas para llevar a cabo sus actividades: finanzas, secretismo, armas y refugio.

Asia-Pacífico se convirtió en el objetivo principal de los esfuerzos antiterroristas en lo que actualmente se conoce como “la primera guerra mundial del siglo XXI”. La respuesta inicial de los Estados Unidos se tradujo en asaltos de la coalición a Al Qaeda y al estado que lo apoya, el talibán, llevados a cabo con bastante éxito. La expulsión de los talibanes tuvo lugar junto con la destrucción de las bases, los campos de instrucción y otras redes logísticas de Al Qaeda, no sólo en Afganistán, sino también en muchas otras partes del mundo. La mayoría de los principales líderes de Al Qaeda y sus grupos relacionados fueron ejecutados o bien capturados en muchos países de todo el mundo. La inteligencia e información compartida entre la seguridad del Estado y las agencias antiterroristas evitaron la ejecución de una serie de ataques que debían perpetrarse en muchas

partes del mundo. El éxito de estas acciones fue especialmente notorio en Asia-Pacífico. Con la detención de militantes de Jemaah Islamiya (JI) en Singapur en diciembre de 2001 se acabó con una gran amenaza terrorista. Singapur y Malasia siguieron el ejemplo con la detención de un número significativo de militantes con conexiones transnacionales. La ambivalencia inicial de Indonesia se cobró su precio con los atentados con bomba cometidos en varias discotecas de Bali en octubre de 2002. Gracias a la coordinación sin precedentes de la inteligencia y las investigaciones compartidas entre los países en la región y fuera de ella, fue posible neutralizar considerablemente la amenaza de JI. Por ejemplo, en mayo de 2003 la seguridad tailandesa frustró un intento de ataque terrorista en Bangkok organizado por la JI, que debía perpetrarse coincidiendo con la celebración de la cumbre APEC en octubre de 2003, al detener a cuatro miembros de una célula terrorista. En agosto de 2003, Riduan Isamuddin (alias *Hambali*), dirigente de Al Qaeda en el Sudeste Asiático y jefe de operaciones de JI, fue arrestado en Tailandia. En otras partes de la región los gobiernos actuaron en estrecha colaboración para llegar hasta la cúpula, las estructuras y santuarios de Al Qaeda y sus socios. Por ejemplo, muchos mandos de Al Qaeda, incluyendo a Khalid Sheikh Muhammad y Abu Zubiada, fueron detenidos en Pakistán, país en el que se sigue con la búsqueda de posibles activistas de Al Qaeda, tal como demuestran las últimas detenciones de numerosos funcionarios clave del grupo, entre los que se hallaba Ahmed Khalfan Ghailani, implicado en los atentados con bomba contra distintas embajadas de los EEUU en África Oriental, y Mohammad Naeen Noor Khan, experto en informática y comunicaciones de Al Qaeda. Asimismo, en mayo de 2005 el número tres de Al Qaeda, Abu Faraj Farj al Libi, fue arrestado en Pakistán, lo que supuso un serio revés para la capacidad del grupo de reponer su cúpula dirigente. Con la desarticulación de ésta y sin ayuda externa, la capacidad organizativa y de ejecución de atentados múltiples a gran escala de Al Qaeda quedó severamente limitada.

Sin embargo, los últimos incidentes sugieren que la capacidad de regeneración y adaptación de los terroristas transnacionales es superior y que las acciones llevadas a cabo no han dado el resultado esperado. Al Qaeda y sus socios todavía poseen la fuerza suficiente para continuar con sus campañas de terror, dirigiendo sus ataques no sólo contra los intereses de los Estados Unidos, sino también de sus aliados y seguidores. Asimismo, a pesar de las detenciones de muchos dirigentes y miembros clave, JI continúa siendo una amenaza en el Sudeste Asiático como es el caso de otros grupos de socios y afiliados de Al Qaeda en todo el mundo. Los talibanes reaparecen poco a poco pero con firmeza y ya empiezan a desafiar la forma de gobierno de Afganistán. Algunos analistas creen que las actividades de Al Qaeda se han convertido en una “operación franquiciada” con gru-

pos y activistas locales dispuestos que asumen la *yihad* global en su nombre. En muchas partes del mundo, tales como en el Oriente Medio y concretamente en Irak, han aparecido nuevos grupos con una identidad e interés comunes a los de Al Qaeda. El hecho de compartir los mismos intereses ha permitido a los grupos en varias partes del mundo reproducir con exactitud las capacidades y tácticas terroristas en varias zonas conflictivas al mismo tiempo.

¿Cuál es la explicación de la ineficacia y falta de impulso de la campaña mundial contra el terrorismo? Desde el punto de vista táctico, puede atribuirse a varios factores. El primero es el fracaso en entender la naturaleza de la amenaza en su totalidad. Asimismo, tampoco se han sabido tratar los principales asuntos que han puesto a los grupos islamistas transnacionales en la escena del conflicto contra Occidente en primer lugar, y que han contribuido a sostener su campaña. Desde el punto de vista estratégico, parece que algunas políticas de los Estados Unidos, país que lidera la coalición contra el terrorismo, han acabado totalmente con el espíritu de cooperación. Asimismo, existe la creencia de que Estados Unidos utiliza la guerra contra el terror para imponer un nuevo orden mundial. Esta idea surge de algún modo del legado de vulnerabilidad originado a raíz de los incidentes del 11 de septiembre, que obligaron a la Administración Bush a iniciar la ofensiva para de este modo prevenir o adelantarse a posibles actos hostiles de sus adversarios y, en caso necesario, atacar a los terroristas en otros países para así mantener su propio territorio a salvo. En términos estratégicos esto se traduce en unilateralismo agresivo, desvalorización del

multilateralismo e incluso negación total de las instituciones internacionales. Sin embargo, esta estrategia ha puesto en juego demasiados asuntos: la no proliferación nuclear, la transformación democrática en Oriente Medio, el cambio de régimen en países considerados parte del "eje del mal" y otros similares.

Los Estados Unidos sostienen que el epicentro de la amenaza reside no sólo en su propio territorio sino que está en todas partes y es por esta razón que trata de perseguir a los terroristas "por todo el espectro geográfico" del mundo. Sin embargo, se ocupa de los conflictos regionales sin tener en cuenta los contextos políticos, culturales e históricos en los que se originan. En el contexto de Asia-Pacífico, por ejemplo, el terrorismo es un problema nacional interno, que ha puesto a rigurosa prueba la defensa de la soberanía territorial y la supervivencia de los regímenes. Sin embargo, la supuesta universalidad de la campaña contra el terrorismo desde el 11 de septiembre ha cambiado de manera signifi-

cativa la dinámica común en muchos países en los que han reaparecido antiguas discusiones junto con nuevas tensiones concretamente sobre el papel de la religión en la esfera pública.

Asimismo, la invasión militar estadounidense de Irak ha puesto en peligro la campaña mundial contra el terrorismo, y ha sido motivo de un gran distanciamiento y de una gran división entre los aliados de los Estados Unidos que participan en la "guerra contra el terror". Tal como indican los últimos incidentes, la magnitud de la resistencia de Irak contra las fuerzas estadounidenses ha desbaratado por completo los cálculos estratégicos de Washington para Oriente Medio, que veían en el cambio de régimen en Irak un precursor para una transformación estratégica de la zona, lo que a su vez ha servido para dar un impulso a los terroristas. Además, especialmente en muchas naciones musulmanas, la invasión de Irak ha supuesto el aumento de los riesgos políticos al agudizar la división entre moderados y radicales.

Curiosamente, la ambivalencia básica en torno al tema del terrorismo en general empieza ahora a resurgir en muchas regiones, especialmente en Asia-Pacífico y en Europa. Se reabren los debates que intentan determinar qué proporción del terrorismo actúa únicamente contra intereses estadounidenses y qué proporción contra Occidente en general. Según una encuesta realizada por el Pew Research Centre en marzo de 2004, el escepticismo originado a raíz de los motivos que mueven a los Estados Unidos a liderar la campaña mundial contra el terror ha dado lugar a un aumento del apoyo popular a la retirada de Washington de la política exterior y de seguridad, incluyendo el terrorismo.

Cooperación regional contra el terrorismo

El terrorismo transnacional introdujo nuevos retos para la seguridad en las naciones de Asia-Pacífico. En la actualidad, los países de la región necesitan enfrentarse a las nuevas formas de identidad cultural y oposición política con el riesgo de alterar el delicado equilibrio religioso y étnico, y la armonía racial. En esta nueva dinámica, puede que los sistemas tradicionales de alianza bilateral que sostienen gran parte de la estructura de seguridad de la región dejen de ser los adecuados para abordar el desafío que supone el terrorismo transnacional. A pesar de todo ello, la respuesta al terrorismo se sigue formulando sobre la base de medios bilaterales y subregionales. La región sigue sin tener una cooperación antiterrorista constante.

“ Desde el punto de vista estratégico, parece que algunas políticas de los Estados Unidos, país que lidera la coalición contra el terrorismo, han acabado totalmente con el espíritu de cooperación. Asimismo, existe la creencia de que Estados Unidos utiliza la guerra contra el terror para imponer un nuevo orden mundial.”

El terrorismo sigue ocupando uno de los primeros puestos en la lista de preocupaciones de muchos gobiernos regionales, ya que la mayoría de estos se encuentran sometidos a la amenaza del extremismo religioso; sin embargo, su respuesta dista en gran medida de ser uniforme. Existen enormes diferencias entre los países de la región en cuanto a la manera de percibir la amenaza terrorista, siendo además la respuesta de estos el reflejo de las restricciones nacionales e inhibiciones políticas de sus respectivos gobiernos. En Asia del Sur, por ejemplo, el congreso de la

Asociación de Asia del Sur para la Cooperación Regional (SAARC) para acabar con el terrorismo es uno de los primeros marcos de cooperación regionales en abordar las amenazas del terrorismo. El congreso obliga a los estados miembros a “abstenerse de organizar, instigar, ayudar o participar en actos de conflicto civil o atentados terroristas en otro estado; o bien de consentir actividades organizadas dentro de su territorio dirigidas a la comisión de dichos actos”¹. Por desgracia, este aspecto ha sido el origen de la mayor parte de tensiones entre los miembros del SAARC. Existe una total desconfianza recíproca entre los países de la región en cuanto a los asuntos relacionados con el patrocinio del terrorismo en otro estado. Asimismo, en Asia del Sur, la respuesta al terrorismo se caracteriza por el “ad hoquismo” y se fundamenta en las prioridades y preferencias individuales de cada estado. Las naciones de la región siguen manteniendo una postura extremadamente protectora respecto a la soberanía y las normas de no-intromisión. En noviembre de 2001, la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN) hizo un llamamiento a los estados miembros para ratificar todas las convenciones internacionales antiterroristas de importancia. La ASEAN también ha calificado los actos terroristas de “profunda amenaza para la paz y seguridad internacionales”. Sin embargo, a la hora de abordar el terrorismo, las agrupaciones regionales han sido más afortunadas en sus declaraciones y en identificar los principios del terrorismo que en el desarrollo de mecanismos de acción concretos contra éste. Las iniciativas políticas están intensamente condicionadas por las reflexiones políticas nacionales. Por ejemplo, Filipinas había sido un aliado militar activo de los Estados Unidos en la campaña contra el terror; sin embargo, el Gobierno de este país se encuentra limitado por el imperativo de equilibrar su respuesta a la compleja amenaza terrorista que amenaza al país. La actuación de Singapur y Malasia fue ejemplar en el desmantelamiento de las redes terroristas en sus respectivos países; sin embargo, Malasia también se ha mantenido cautelosa en relacionar el terrorismo transnacional con el islam, a pesar del evidente origen islámico de la Jemaah Islamiya. Asimismo, Indonesia se mostró reacia a reconocer la presencia

de células terroristas por temor a una reacción violenta por parte de los musulmanes radicales hasta los atentados con bomba perpetrados en Bali en octubre de 2002. Por su parte, tanto Indonesia como Tailandia empezaron a cooperar sólo después de que la detención de varios líderes principales de JI revelaran el alcance y gravedad de la amenaza de las redes terroristas en la región.

A pesar de que el poder de persuasión de la ideología radical disminuyó en la región tras los ataques del 11 de septiembre,

la guerra en Irak provocó un resurgimiento de los sentimientos extremistas. En muchos países de la región, la teología del fundamentalismo islámico gana en popularidad con la existencia de grupos radicales que se aprovechan de los problemas internos de sus respectivos países. Un ejemplo clásico es la ferviente insurrección que se vive en el sur de Tailandia. A pesar de que en las provincias mayoritariamente musulmanas de Narathiwat, Yala y Pattani esta insurrección no ha traspasado hasta el momento las fronteras locales, existen cada vez más indicios que apuntan a una expansión regional del conflicto con importantes repercusiones para la seguridad de toda la región.

Una de las iniciativas de seguridad antiterrorista más antiguas –la Organización de Cooperación de Shanghai (OCS)– sigue levantando sospechas debido al potencial para ser utilizada contra los considerados como enemigos de Beijing: Taiwan y Tibet. La incapacidad de implementar medidas antiterroristas también ha provocado una dependencia en la ayuda externa, especialmente la estadounidense, incluso en el ámbito regional. Lamentablemente, la intervención de Washington en los acuerdos de seguridad regional no ha servido tanto para favorecer la cooperación entre las naciones de la región sino más bien para aumentar los roces entre ellas.

En Asia-Pacífico, el terrorismo no es la amenaza global y generalizada que se pretende con frecuencia. La marca terrorista de Al Qaeda se basa en una serie de reivindicaciones contra regímenes incumbentes y el considerado sistema de negligencia y represión, junto con la aspiración regional de crear un superestado islámico y una *umma* musulmana universal. La preocupación extrema acerca del terrorismo no ha significado la desaparición de otras fuentes de conflicto regional como el potencial de conflicto en el estrecho de Taiwan y en la península de Corea, o en el valle de Cachemira. Centrarse en el terrorismo internacional significa también ignorar las causas principales de la inestabilidad regional, que radican en la pobreza, injusticia y autoritarismo. Es posible que la guerra contra el terror haya apaci-

guado algunas de las fuentes de conflicto tradicionales como la situación en el valle de Cachemira, la tendencia revisionista de Beijing y la percepción de la misma por parte de los estados regionales, y la desconfianza entre los estados; sin embargo, esta acción no ha contribuido necesariamente a una mayor estabilidad en la región.

Conclusiones

En la actualidad Irak se ha convertido en el nuevo epicentro del terrorismo transnacional, al igual que ocurrió con Afganistán tras la ocupación soviética en 1979. Dicha invasión promovió la creación de una resistencia muy bien organizada que contaba con el apoyo de los Estados Unidos y sus aliados. Los *muyahidines* y los radicales islámicos que se unieron a la *yihad* en Afganistán vieron en la retirada de los soviéticos en 1989 y el derrumbe del imperio soviético, la derrota de la segunda superpotencia mundial. Desde la caída de Saddam Hussein, Irak ha sido foco de atracción para cientos de militantes extranjeros que han pasado a engrosar las filas de los combatientes de la resistencia nacional comprometidos en una insurrección que no cesa de aumentar. Actualmente los *yihadistas* en Irak aclaman una victoria inminente contra la única superpotencia mundial que queda. Paradójicamente, con la entrada en Irak como parte de su estrategia bélica contra el terror, los Estados Unidos han suministrado "oxígeno político" y han nutrido estas fuerzas, a las que desea someter y destruir. Al Qaeda se dedica ahora a divulgar que la ocupación estadounidense de Irak es el reflejo del diabólico plan que han urdido los Estados Unidos para destruir el islam, lo que ha provocado una movilización de los islamistas radicales en todo el mundo.

El origen del conflicto actual radica en la existencia de un movimiento ideológico extremista en el mundo musulmán. Los islamistas se aprovechan de los fundamentos de la cultura de Occidente y la tolerancia de su sistema político, que Occidente considera virtudes y los islamistas, puntos vulnerables, lo que les convierte en el objetivo de sus acciones. En el marco de este contexto, si bien el uso de la fuerza puede resultar eficaz a corto plazo como estrategia antiterrorista, no es muy probable que la lucha armada sea suficiente para acabar con las redes de terrorismo transnacional arraigadas en una ideología religiosa milenaria. Para hacer frente a la amenaza, es necesario frenar la llamada del islam fundamentalista. Esto supone cambiar las mentalidades y ganarse los corazones tratando los resentimientos que se esconden detrás de la llamada a la *yihad*. En el espectro

político, corresponde a Occidente, y en especial a los Estados Unidos, convencer a los musulmanes que Occidente es amigo del islam y demostrarlo con acciones concretas. Es necesario persuadir a los musulmanes de que Occidente no alberga un motivo ulterior, que no desea oprimirles tal como proclaman los activistas musulmanes radicales.

Al mismo tiempo, Occidente tiene el deber de ayudar a los líderes musulmanes moderados y progresistas y a los intelectuales que desean una transición satisfactoria del islam a la modernidad. La comunidad musulmana, por su parte, debe comprometerse a rescatar conceptos clave del discurso ideológico de las rígidas estructuras pedagógicas que lo han mantenido estancado e infundirle conservadurismo inherente. De momento, sin embargo, los moderados no están por lo general dispuestos a enfrentarse a los radicales, pue-

“ En Asia-Pacífico, el terrorismo no es la amenaza global y generalizada que se pretende con frecuencia. (...) Centrarse en el terrorismo internacional significa también ignorar las causas principales de la inestabilidad regional, que radican en la pobreza, injusticia y autoritarismo.”

to que ambos grupos comparten sistemas de valores y creencias, y la misma idea del orden social futuro. Además, los moderados son cautelosos a la hora de valorar las consecuencias que supone cambiar la actitud de los radicales, pero más importante aún es la escasa pro-

babilidad que tienen los moderados de influir en los musulmanes radicales. Lo más probable es que el éxito del desafío contra las ideas que apoyan los actos terroristas sólo pueda tener éxito si procede de lo más profundo de la tradición islámica.

El curso de los acontecimientos en Irak en los próximos meses será un factor concluyente en la determinación de los futuros desafíos del terrorismo encabezados por los musulmanes radicales. Si fracasa la reconstrucción de Irak, la causa de los *yihadistas* contra Occidente y en especial contra los Estados Unidos tomará más fuerza. Sin duda, una manera de ocuparse de una ideología extremista violenta es proporcionar caminos democráticos y pacíficos para expresar disconformidad. La comunidad internacional debe poner todo su empeño en instalar la democracia en Irak. Es muy importante que los insurgentes en Irak no se salgan con la suya con el convencimiento de que lograron derrotar a la única y última superpotencia. La repetición de lo mismo que le ocurrió a la Unión Soviética en Afganistán serviría para fomentar la aparición de insurgencias violentas en todo el mundo.

Según palabras del ex primer ministro de Singapur, Goh Chok Tong, Estados Unidos "dirige la lucha ideológica". Sin embargo, este Estado en el contexto musulmán tiene poca credibilidad. Los orígenes del recelo que profesan los musulmanes hacia Estados Unidos son complejos, y su ira es mayor que nunca. Asimismo, la guerra contra el terror debe

también considerarse como una lucha contra la persistencia de los conflictos y rivalidades regionales en Asia-Pacífico y sus potenciales costes, incluyendo la renovada justificación de las medidas de seguridad que pueden obstaculizar la democratización de la región. La creciente impopularidad de los Estados Unidos y la poca credibilidad que provoca el paraguas estratégico estadounidense en la región debido a su preocupación geoestratégica por Irak ya ha introducido nuevas incertidumbres en el equilibrio regional del poder, que en el análisis final puede representar el desafío más grave a largo plazo para la seguridad y el orden en la región de Asia-Pacífico.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ACHARYA, Amitav. *The Age of Fear: Power Versus Principle in the War on Terror*. Singapur: Marshall Cavandish Academic, 2004.

GUNARATNA, Rohan. *Inside Al Qaeda: Global Network of Terror*. Nueva York: Columbia University Press, 2002.

Informe de la Comisión del 11-S, *Informe final de la Comisión Nacional sobre los ataques terroristas contra los EEUU*, edición oficial del Gobierno.

RABASA, Angel M., et al. *The Muslim World After 9/11*. Santa Monica, CA: RAND Corporation, 2004.

1. Preámbulo de la Convención del SAARC, texto en SAARC para SAARC, Vol. I, 1980-1998, Katmandú, Secretariado del SAARC, diciembre 1998, p. 294.